

Ediciones Lucas

A close-up photograph of a hand with light skin and pink nail polish placing a dark teal puzzle piece into a larger teal puzzle. The puzzle pieces are set against a background of a teal grid with faint white numbers. The lighting is soft, highlighting the texture of the skin and the interlocking shapes of the puzzle.

“ARREPENTIRNOS PARA TOCAR LA ESFERA DEL REINO”
EI-010122-070

“ARREPENTIRNOS
PARA TOCAR LA
ESFERA DEL
REINO”

© 2022 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: enero 2022

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-010122-070

“ARREPENTIRNOS PARA TOCAR LA ESFERA DEL REINO”

S

E

M

A

N

A

—

1

—

Si en algo hemos tocado la dimensión de la Iglesia, debemos procurar también tocar la dimensión del Reino. Los que hemos tenido el privilegio de reunirnos como Iglesia, ya sabemos el valor que tienen las reuniones, sabemos que congregarnos no significa sólo ir a escuchar un mensaje, sino implica palpar a Cristo mismo en los hermanos. Ahora bien, nos es necesario avanzar, es necesario que como Iglesias toquemos el Reino de Dios.

Sólo tocamos la dimensión del Reino cuando nosotros nos arrepentimos. Ya hemos hablado mucho de esto en ocasiones anteriores, sin embargo, es necesario que insistamos en este punto, no sólo para entenderlo, sino para que lo vivamos y así avancemos.

Juan el Bautista y el Señor Jesús empezaron sus ministerios anunciando que el Reino se había acercado. Obviamente los planes de

Dios tuvieron una gran avanzada desde el momento en que el Señor Jesucristo nació en Belén, pero cuando él llegó a sus treinta años, tanto Él, como Juan el Bautista empezaron a anunciar que el Reino de los Cielos se había acercado. Por esta razón ellos empezaron a proclamar el arrepentimiento. El Reino de los Cielos no viene porque nos arrepintamos, más bien debemos arrepentirnos porque el Reino de los Cielos se acerca. Si nosotros queremos tocar el Reino de los Cielos debemos arrepentirnos. La puerta de entrada para tocar el Reino de los Cielos es el arrepentimiento.

Tenemos que aprovechar cuando Dios decide poner al alcance de la Iglesia la esfera de Su Reino. Es como el caso de Israel, a ellos Dios les prometió que les iba a dar una tierra donde habitar, pero para ello tenían que llegar a la tierra de Canaán. Luego que Él los sacó con mano poderosa de Egipto, ellos se quedaron varados en el camino del desierto durante cuarenta años. El desierto no era lo que Dios les había prometido, pero ellos no aprovecharon las oportunidades en las que Dios los acercó a Canaán. La Biblia registra al menos dos ocasiones en las que Dios los acercó a la tierra prometida. Una de ellas fue

cuando le fue ordenado a Moisés que mandara espías para que reconocieran la tierra, pero de aquellos doce hombres que fueron, diez regresaron atemorizados, y éstos desanimaron al pueblo, por eso Dios se molestó con ellos, y los puso a vagar en el desierto. Luego cuando murió toda aquella vieja generación, una vez más, Dios los puso enfrente de Canaán; en esta ocasión ellos sí respondieron, cruzaron el Jordán, y Dios les empezó a dar por herencia aquella tierra. Lo que queremos decir es que es Dios quien decide en qué momento pone frente a nosotros Su Reino. Por esa razón, cuando el Reino está frente a nosotros, sólo hay una puerta para poseerlo: El Arrepentimiento.

¿QUÉ ES EL ARREPENTIMIENTO?

Etimológicamente, “arrepentimiento” en el griego es la palabra “metanoeo”. Esta palabra tiene dos raíces: “meta” (después) y “noeo” (percibir, o pensar), por lo que al conjuntar estas dos raíces, los estudiosos dicen que esta palabra compuesta quiere decir “pensar diferente”, “reconsiderar las cosas”, o “cambiar de opinión o propósito”. Para entender de manera más práctica lo que es el arrepentimiento, leamos con cuidado la

siguiente máxima: “El arrepentimiento es algo subjetivo en nuestra manera de pensar, y a la vez es algo objetivo en nuestra manera de caminar”. Si nosotros nos arrepentimos verdaderamente, debemos cambiar dos cosas: por un lado, debemos cambiar nuestra manera de pensar, y por otro, debemos cambiar nuestra manera de caminar. No existe un verdadero arrepentimiento que sólo nos conmueva interiormente, pero no cambie nuestra manera de actuar. Es necesario que en nosotros ocurra una transformación interna, y que a la vez tengamos la energía para cambiar exteriormente. En otras palabras, un verdadero arrepentimiento debe abarcar tanto las áreas internas como las externas. Debemos arrepentirnos y pensar como Dios piensa; y debemos arrepentirnos y hacer lo que Él quiere. Estas dos cosas son la pauta de un verdadero arrepentimiento, y son la llave para tocar el Reino de Dios.

No nos confundamos, creer en Dios, o aceptarlo a Él como nuestro Salvador, no es necesariamente arrepentirnos. Tenemos la idea de que todos los que han aceptado al Señor Jesús como Su Salvador personal se han arrepentido, sin embargo, el arrepentimiento va más allá de sólo creer. Si

alguien cree al Evangelio, y confiesa con su boca que Jesús es el Señor, tal persona es salva, y viene a ser un hijo de Dios. Ahora bien, entre ser un hijo de Dios y ser una persona arrepentida hay una gran diferencia. Es el mismo caso de lo que hablamos de los israelitas, ellos salieron de Egipto, fueron librados de Faraón, pasaron por el mar rojo pero se quedaron dando vueltas en el desierto. Igual puede sucederle a muchos creyentes, pueda que muchos han salido del mundo, ya están libres de las garras de Satanás, ya hasta son bautizados en agua, pero se quedan dando vueltas en su vida, y nunca poseen el Reino de Dios.

No podemos tocar la esfera del Reino de Dios sin arrepentimiento. El Reino de los Cielos no se obtiene cantando, ni tampoco haciendo algaravilla, sino arrepintiéndonos. Si no nos sucede el milagro de tener un cambio interior, y exterior, nunca podremos tocar el Reino de Dios. Dice **Juan 3:1**

“Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. 2Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él.

3Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”.

Estos versos dicen que al nacer de nuevo se nos da la facultad de ver el Reino de Dios, pero “ver” no es necesariamente “entrar”; si queremos “entrar” al Reino de los Cielos debemos “arrepentirnos”.

Arrepentimiento no es experimentar dolor por lo malo que hemos hecho. Esta sensación fue la misma que tuvo Judas después de haber vendido al Señor, sin embargo, él se ahorcó (***Mateo 27:3-5***).

Veremos en este estudio, a la luz de tres pasajes de La Escritura, en qué consiste un verdadero arrepentimiento.

PRIMERA CITA:

Dice **Mateo 3:1**

“En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, 2y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado. 3Pues éste es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas”.

La frase “...enderezad sus sendas”, en el griego es más apegado si dijéramos “aplanen las sendas”, es decir, “no hagan escabroso el camino, sino procuren que esté bien plano”. Cuando nosotros nos arrepentimos se nos abren las puertas del Reino de Dios. Es necesario que toda la Iglesia entre al proceso del arrepentimiento, que todos cambiemos no solamente los aspectos doctrinales, sino que cambiemos nuestra cosmovisión, que veamos las cosas de manera diferente; que internamente seamos afectados de tal manera por el mensaje del Señor, que seamos capaces de hacer cambios externos. Cuando esto sucede, entonces, se aplanan las sendas. En la medida que

hay creyentes arrepentidos, en esa medida el Reino de Dios avanza entre nosotros.

Muchas veces no percibimos el Reino de Dios porque vamos en caminos escabrosos, caminos que no nos permiten ver ni siquiera cuán necesitados somos de Dios. De nada nos sirve pasar años en la Iglesia si no cambiamos nuestros caminos. Cuántos de nosotros hemos pasado años en el Señor transitando caminos que no nos permiten tocar a Dios, caminos que han hecho de Dios una experiencia seca y árida, tal como la que vivieron los Israelitas durante cuarenta años en el desierto.

Debemos entender que una cosa es ser hijo de Dios, y otra cosa es tener parte en Su Reino. Ser hijo de Dios es un asunto de carácter doméstico, es como estar en casa cómodamente. La mayoría de nosotros cuando nos quedamos descansando en casa, no nos preocupamos de cómo nos vemos, las hermanas se olvidan del maquillaje, no les importa si andan bien vestidas, cambian los tacones por unas cómodas chancletas, etc. Pero si van a salir a su oficina, a su trabajo, o a hacer algunas compras, salen de manera diferente. Así es lo tocante al Reino de Dios,

se gesta en un ambiente diferente al de la Iglesia Local. Las reuniones de Iglesia se tratan de asuntos de comunión, de perdón, de restauración, de llevar las cargas los unos de los otros, pero el Reino de Dios se gesta en el día a día, fuera de la Iglesia, en medio de la gente inconversa, en medio de los placeres de la carne y el sistema de este mundo que es cautivador. A ese mundo no debemos salir cómodos como que estamos en casa, sino como soldados, en calidad de guerreros, preparados para toda buena obra. En ese momento debemos usar la armadura de Dios, tal como dice **Efesios 6:14**

“calzados con el apresto del Evangelio 14 Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, 15 y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. 16 Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. 17 Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios”;

Hay creyentes que lejos de parecer guerreros de Dios andan apagados, en semi depresiones, entristecidos. ¿Por qué? Porque no viven en la esfera del Reino, y nunca viven en esta dimensión porque no se arrepienten.

Hermanos, si nosotros nos arrepentimos, el Reino de Dios empieza a volverse vigoroso entre nosotros. Sólo al arrepentirnos vemos nuestra verdadera condición, nos damos cuenta de cuán necesitados somos, y somos honestos para con Dios. En ese momento es cuando cobra sentido la oración que nos enseñó el Señor Jesús: *“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre. Venga Tu reino...”*. Sólo cuando nos arrepentimos nos damos cuenta de lo horrible que es vivir sin el Poder de Dios, en medio de una vida miserable y sin sabor. Dios desea que nos arrepintamos, que añoremos y clamemos por Su Reino, porque esa es la llave para que experimentemos el Poder de Su Vida en nosotros. El arrepentimiento es la llave para que se allane el camino del Señor, y nos adentremos a la esfera de Su Reino. Sólo los que cambian su manera de pensar podrán decir: “Venga Tu Reino”.

Cuando Dios nos revela algo, debemos creerlo; luego, debemos incorporarlo a nuestra manera de pensar; y al incorporarlo a la manera de pensar, debemos de llevarlo al terreno de la práctica.

1.- DEBEMOS CREER.

Ciertamente el Evangelio cobra vigencia en nosotros cuando creemos, el problema es que con el pasar del tiempo llegamos a pensar que lo único que necesitamos es tener más y más revelación. Ahora bien, todos hemos experimentado que llegamos a un punto en que por más revelación que tengamos, eso no nos cambia. Dice Santiago 2:19 “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan”. Quiere decir que sólo creer la revelación no cambia a nadie, pues, hasta los demonios creen. Debemos creer, obviamente, sólo que eso no es lo único que debemos hacer.

2.- INCORPORAR LO QUE CREEMOS A NUESTRA COSMOVISIÓN.

Además de creer la verdad de Dios, lo que nos hace falta es incorporarla a la vida interior; a este proceso le podemos llamar: tener una cosmovisión renovada. No es lo mismo creer algo, que pensarlo de alguna manera. Cuando nosotros creemos algo somos persuadidos, y convencidos sobre ese punto, pero el hecho de que entendamos una verdad no necesariamente hace que

cambiamos interiormente nuestros formatos de pensamiento. Muchos de nosotros hemos llegado a creer que el Evangelio consiste en entender verdad tras verdad, pero el problema es que eso no necesariamente cambia nuestra manera de pensar. Las doctrinas, y aún las revelaciones se pueden volver archivos de conocimiento, pero que no necesariamente cambian nuestra manera de pensar. Si la verdad de Dios no hace que cambiamos nuestro interior y nuestra manera de pensar, en vano es el conocimiento. Esto es como un cocinero, puede tener muchas especias a la mano, pero de nada le sirve tener tanta variedad de sabores si no las saca de los botes y las agrega a la comida que está preparando. Así es la Verdad de Dios, de nada nos sirve tener mucho estudio, mucho conocimiento, mucha doctrina, si no lo podemos incorporar a nuestra cosmovisión, es decir, a nuestra manera de ver e interpretar la vida. Cuando nos atrevemos a integrar la Verdad de Dios a nuestra cosmovisión, entonces, viene una liberación y una transformación interior a nuestras vidas, y tenemos la fortaleza del Espíritu para obrar de manera diferente.

3. LLEVAR LA REVELACIÓN AL TERRENO DE LA PRÁCTICA.

En la Biblia encontramos la historia de la mujer Samaritana (**Juan 4**), una mujer, que aunque tenía un caos en su vida, era una creyente. Cuando esta mujer se encontró con el Señor, ella reconoció que el Señor era un profeta. Pero ¿Cuál fue la actitud de esta mujer al darse cuenta que hablaba con un profeta? Ella sacó todas sus doctrinas, todo su conocimiento, y empezó a querer dialogar, y discutir verdades con el Señor. Hasta ese punto nada había cambiado en aquella mujer. A medida que el Señor hablaba con ella, la mujer llegó a otra conclusión, que el Señor era el Mesías. En ese momento, ella se estremeció en su interior porque se dio cuenta que lo que ella creía, y esperaba, ahora lo tenía enfrente a sus ojos. Cuando ella incorporó la verdad que creía a su cosmovisión, entonces, vino su liberación, porque se dio cuenta que por mucha doctrina que tuviera su vida era un caos, que ni siquiera cinco maridos la habían podido llenar. Ahora sí, ella estaba arrepentida, todo su interior se conmovió, y no sólo se conmovió interiormente, sino que automáticamente dejó su cántaro y se fue a

anunciar a Cristo a todos sus vecinos. La conmoción en su interior fue tal, que ni siquiera pasó dejando el cántaro a su casa, sino que lo dejó allí en el pozo, y fue a decirle a los hombres de su ciudad que había encontrado al Mesías. En esto consiste un verdadero arrepentimiento, en creer, integrar la verdad que creemos a nuestra cosmovisión, y finalmente, llevarlo a la práctica.

SEGUNDA CITA:

Dice **Mateo 4:17**

“Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”.

S
E
M
A
N
A

Esta es otra de las tres citas donde aparece la frase: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”. Es curioso que en este pasaje el escritor antepuso las palabras “Desde entonces...” ¿Por qué desde entonces? Porque al leer el contexto, dice **Mateo 4:12**

A

“Cuando Jesús oyó que Juan estaba preso, volvió a Galilea”.

—
3
—

En otras palabras, el Señor empezó a predicar que el Reino de los Cielos se había acercado desde que oyó que Juan el Bautista estaba encarcelado.

Juan el Bautista es una representación de los que quieren vino nuevo en odres viejos, es decir, aquellos que quieren lo nuevo de Dios sin romper sus aspectos religiosos, viejos y caducos. El Señor se

tuvo que esperar a que Juan fuera encarcelado para tener que predicar lo inherente al Reino de los Cielos ¿Por qué? Porque Juan fue un hombre que tuvo revelación de Cristo, anhelaba conocer al Mesías, lo predicó, lo vio, lo identificó, pero al final siguió por su propio camino. Nosotros podemos caer en el error de Juan el Bautista, de querer vino nuevo sin cambiar nuestros odres viejos, sin embargo, Dios sólo da vino nuevo cuando hay odres nuevos. Dios quiere hacernos partícipes de Su Reino, pero para ello debemos arrepentimos, es decir, debemos cambiar nuestros odres viejos, debemos dejar los principios religiosos con los que crecimos.

Juan el Bautista le dio avance al Reino de los Cielos anunciándolo, pero con sus actitudes también lo detuvo temporalmente. Después que Juan bautizó a Jesús, él (Juan) en lugar de seguir al Señor, siguió ejerciendo su propio bautizo. En esos días el Señor se alejó de Juan, y no fue hasta que Juan fue encarcelado que el Señor comenzó a predicar que el Reino de los Cielos se había acercado. Juan, en realidad debió disponerse para ser parte del equipo del Señor, pero por terco, por obstinado, por no querer cambiar sus odres

viejos lo encarcelaron y lo mataron. En una ocasión el Señor le dijo a los fariseos:

“Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él”

(Mateo 21:43)

Nosotros tenemos que dar fruto para el Reino de Dios, de lo contrario, el Reino nos será quitado. Figurativamente podemos decir que es necesario que encarcelemos a nuestro Juan el Bautista que tenemos interiormente, es decir, esa faceta religiosa e infructífera. Todos tenemos que dar fruto para Dios, ya seamos jóvenes, viejos, casados, solteros, etc. de lo contrario no hemos de ser participantes en el Reino de los Cielos.

Este personaje de Juan el Bautista también es figura de aquellos que están más emocionados de tener doctrina, que de tener el fluir de la Vida de Dios en sus vidas. No vamos a menospreciar el estudio de Las Sagradas Escrituras, pero sí debemos entender que las doctrinas sin la Vida de Dios son menos que nada. Juan el Bautista conocía, sabía quien sería el Mesías, lo vio, lo predicó,

pero cuando llegó el tiempo de seguirlo, no lo hizo, sino que se quedó aferrado a su ministerio, y a su predicación. Los creyentes “no arrepentidos” son como Juan, son aquellos que prefieren el conocimiento antes que la Vida; son aquellos que aman más sus ministerios que ir en pos del Señor. A veces el ambiente eclesiástico nos encanta, nos fascina, y nos apegamos más al “servilismo” cristiano, que servir al Señor. Una evidencia de que caminamos en arrepentimiento es que amamos más al Señor que a nuestros ministerios, aún así vayamos como ovejas al matadero.

Otra característica de Juan era que se preocupaba más de la opinión de sus discípulos, que de la opinión del Señor. Los “no arrepentidos” como Juan son aquellos que dependen de la opinión de la gente, que no pueden soltar las jerarquías, que no están dispuestos a hacerse discípulos, que les gusta ser llamados “maestros”.

Otro detalle de Juan el Bautista es que él nunca quiso salir de la religión. Veamos a continuación los siguientes detalles geográficos que hicieron diferencia entre Juan y Jesús.

Dice **Mateo 3:1**

“En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea”.

Según este verso, Juan el Bautista habitaba en la zona de Judea. Por otro lado, acerca de Jesús dice **Mateo 3:13**

“Entonces Jesús vino de Galilea a Juan al Jordán”.

Este pasaje nos muestra que el Señor habitaba en Galilea de los gentiles, pero él fue a Judea para ser bautizado por Juan. Y Finalmente, dice **Mateo 4:12**

“Cuando Jesús oyó que Juan estaba preso, volvió a Galilea”.

Este pasaje nos muestra que Juan el Bautista nunca salió de Judea, mientras que el Señor sólo fue a Judea para ser bautizado, y luego regresó a Galilea. Judea era la zona religiosa de Israel, mientras que Galilea era todo lo opuesto, era la zona menos religiosa. Esto nos enseña que Juan nunca quiso salir de la religión, sino que se aferró a ello. Por otro lado, el Señor hizo todo lo contrario, caminó por todo Israel, pero nunca se estableció en

Judea. Jesús sí nació en Belén de Judea, pero recordemos que siendo un bebé, él fue llevado a vivir a Egipto, y hasta años más tarde regresó con sus padres a vivir a Nazaret, y a Capernaum, que eran ciudades de Galilea. Esto nos deja la enseñanza que al Señor lo encontramos fuera del sistema religioso. No sólo debemos arrepentirnos por ser parte del sistema del mundo, sino por abrazar la religión y el legalismo en nuestros corazones. Sólo al arrepentirnos se desvanece nuestra visión religiosa, y si nos mantenemos en esa condición, con el tiempo también cambiará nuestro caminar religioso.

TERCERA CITA:

S
E
M
A
N
A
—
4
—

Por último, leamos la tercera cita donde aparece la frase “el Reino se ha acercado”. Según algunos comentaristas, el Evangelio de Marcos fue el primer tratado que se escribió, y también dicen que los escritores de Mateo y Lucas tuvieron a la mano el escrito de Marcos para escribir estos otros Evangelios. Al tomar en cuenta estas opiniones, podríamos decir que Marcos es una especie de resumen, pues, los otros dos Evangelio son más amplios. Por esta razón, vemos que los contextos son bien similares, pues, dice **Marcos 1:14**

“Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, 15 diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio”.

Aunque algunos digan que Marcos es un resumen, acá vemos algunos detalles que no los dicen los demás Evangelios. Acá el escritor dice: *“arrepentíos, y creed en el evangelio”*. El contexto es el Reino, pero en lo absoluto está hablando de un reino físico, y mucho menos un Reino dado a la

nación de Israel, sino que está hablando de un Reino que Dios ha dado a la Iglesia, por eso Marcos agrega: “*creed en el Evangelio*”. Hermanos, todos los que hemos creído al Santo Evangelio somos llamados a ser participantes de ese Reino; todos somos llamados a ser discípulos, siervos, y obreros de ese Reino Celestial.

El Reino de Dios en este tiempo se va a gestar entre los santos que conforman la Iglesia. Leamos el siguiente pasaje, y veamos cuáles fueron las últimas palabras que el Señor habló con respecto a Su Reino. Dice **Juan 18:36**

“Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí. 37 Le dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz”.

El Reino de Dios en esta era no busca conquistar el mundo, ni trata de conquistar puestos políticos. Lo que Dios busca es conquistar corazones que se arrepientan,

gente que sea capaz de cambiar su manera de pensar, que adquieran una nueva cosmovisión, y que con ello cambien su manera de actuar.